

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7,50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 281.

Sevilla.—Jueves 6 de Diciembre de 1900

AÑO XXIV.

PROCLAMAS

La prensa de Madrid lo ha dicho, y la policía de Valencia lo ha confirmado para tratar de justificar el infuero despojo cometido en la hermosa ciudad levantina con los periódicos de Madrid, de los que ni una hoja ha circulado. Los que han visto esas proclamas revolucionarias ó esas hojas subversivas sin pié de imprenta, aseguran que nada pecaminoso contienen, ni ninguna razón puede abonar la extrema medida adoptada por el Gobierno, que quedará en una situación muy difícil cuando el Sr. Romero, con motivo de su rectificación, y los diputados por Valencia, se hagan eco de la protesta unánime y expongan ante la Cámara el infuero atentado que nos conduce de cabeza á los periodos de mayor reacción de España.

¿Que se habla de revolución? El primero en proclamarla fué el Sr. Silvela. ¿Que se afirma que hemos perdido la honra y se nos han arrebatado todas las libertades por culpa de gobiernos cuidadosos sólo del interés del régimen, con perjuicio de las conveniencias de la nación? Eso se dice todos los días en el Congreso, en la prensa, en la plaza, en la calle, en toda clase de sitios donde se reúnen dos españoles que no comen del presupuesto, ó, aunque coman, con tal que tengan independencia de juicio.

El malestar es muy grande, el descontento cunde por todas partes, y como el Gobierno y el régimen, ni conocen el remedio, ni aunque lo conocieran podrían aplicarlo, de aquí que se empiecen á manifestar esos síntomas de la manera que parece que se hace para significar que ésta es una situación imposible, y que España, atada de pies y manos por los gobiernos teocráticos que imperan, no podrá abrirse camino por la senda progresiva que los demás pueblos, si aquí no se abren todas las compuertas para dar salida al aire purísimo y vivificador de la libertad.

Las proclamas, hojas, ó lo que sean, que deben haber circulado profusamente, á juzgar por las medidas del Gobierno, no son más que el refresco de la memoria de todos los desprecios que han amenazado al pueblo, que han profanado la patria y que han anulado la libertad de los españoles.

Como anuncio de reivindicación de los derechos del hombre, no significan actualmente otra cosa que la preparación del ánimo á futuras contingencias, que sólo el pueblo puede conjurar.

La suspensión de garantías tiene siempre estas consecuencias, como los informes á priori que tenía Silvela del fracasado movimiento carlista traen aparejado este aviso, que, por lo visto, no inquieta á sus autores, quienes indudablemente deben poseer una gran fuerza cuando así se atreven á provocar las iras del Gobierno.

No queremos mezclarnos en discutir acerca del acierto de esas proclamas en los momentos actuales; pero si verdaderamente han alarmado al Gobierno, el Ministerio de beatos y neos que nos dirige sabrá por qué, y milagro será que no nos venga mañana asegurando que se trata de otra jugada de Bolsa, ó adoptará el criterio contrario para declarar que ha salvado á España del luto de una tenebrosa conjura urdida en la sombra y llamada á dar muchos días de luto á la pobre España.

Comentamos el suceso, porque ha sido la prensa el pagano y los ciudadanos pacíficos.

Ahora bien, el ruido de las proclamas no es más que el miedo del Gobierno á que se le va el poder de las manos y no sabe por dónde viene el golpe. Tengamos atento el oído.

A. A.

Murmuraciones

El banquete político, digo, debate político ha decaído bastante.

Se espera con verdaderas ansias el discurso que habrá de pronunciar en él el Sr. Gamazo.

Porque... como no se sabe con quién está esa ilustre figura de la política española—al ta-

to por ciento de interés—se aguarda tome una posición definitiva y lo bastante clara para que los socios del casino *La Peña* de Sevilla sepan en qué carreta van montados.

Y digo carreta, porque no andan, no andan... ¡y de cuando en cuando, atascamiento en los baches municipales!

Lo más gracioso ocurrido en la última sesión celebrada por las Cortes es que un Sr. Pradera (carlista) ha llamado neo al Sr. Ugarte, ministro de la Gobernación.

Señores, ¡serán neos los ministros actuales, que hasta los carlistas los vituperan como neos!...

El venerable jefe del partido republicano federal español ha pedido que se derogue la ley de represión contra el anarquismo, por considerarla una violencia contra el derecho de emitir las ideas, esto es, contra la libertad del pensamiento.

Y se levantó á contestarle un caballero enlevitado, según dice *El País*, cuyo caballero ar gujó que «no se puede tolerar que se propaguen ideas absurdas, contrarias á los fundamentos de la sociedad.»

¿Quién será ese señor filósofo enlevitado que ha echado sobre sí la pesada tarea de asegurar los fundamentos sociales?

¡Uno que habrá violado el derecho electoral, burlándose de la ley y de todos los fundamentos!

Debajo de cada adoquín hay en España un filósofo.

Más adelante, os diré de manera muy formal, lo que un curita animal ha hecho, sin compasión, en Barcelona... ¡Villano! ¿No vendrá la degollina contra esa gente ladina, sin patria y sin corazón?

He dicho que más adelante... y no me lo puedo callar, porque si no, reventaría. Hélo aquí:

«Barcelona.—Durante el día de hoy se ha hablado con insistencia de un repugnante delito cometido en cierto convento del inmediato barrio de Sarriá.

Trátase de un crimen repugnante perpetrado por un capellán de esta ciudad, que visitaba con frecuencia el referido convento.

El hecho ha permanecido envuelto en el misterio durante algunos días, hasta que, por confidencias reservadas, tuvo noticias del delito el juzgado correspondiente.

De las averiguaciones practicadas resulta que el capellán atropelló brutalmente á una preciosa niña de ocho años, cometiendo con ella una serie de torpezas inconcebibles.

La víctima ha declarado ante el juez de la Universidad relatando las bestiales torpezas del presbítero, que han puesto en peligro la vida de la inocente criatura.

El Juzgado ha decretado la prisión del capellán, al que se le sigue causa por violación.

Este asunto, que está llamado á dar mucho juego, ha causado gran indignación en Barcelona, y muy especialmente en la barriada de Sarriá.»

Pero ¿en qué consiste esa indignación cuando todavía está vivo el cura?

¿Esa niña no tenía padre con vergüenza y coraje, ni madre con uñas, ni hermanos con una tranca, capaces de decirle al cura con qué beatitud podría haber hecho lo que con la niña infeliz, sin ulteriores responsabilidades, antes bien, con la recompensa y el agradecimiento de la agraciada?

Hasta aquí, cuando he hablado de poca vergüenza, he creído exagerar.

Pero desde ahora en adelante, en presencia de estos hechos y de estas indignaciones que no pasan de las cuartillas de los gaceticillos y corresponsales, creeré que es verdad: ¡que no hay en España ni pizca de vergüenza!

Concuerda con lo anterior la siguiente noticia:

«Dice un periódico de Aragón que en Alcañiz dos infelices hambrientos se han prestado á ser unidos á un arado, como si fueran bueyes, labrando una buena extensión de terreno.»

¿Como si fueran bueyes! Si eso es verdad, son bueyes efectivamente. Aunque no tengan cornamenta.

Según dicen los periódicos, ha causado mal efecto que Silvela haya querido echar á Paco Romero de la monarquía... ¡Vamos, que le ha resultado serio el acto realizado!

¡Lo celebros, lo celebros! ¡Y qué dirán las regiones del palacio á todo esto!

Parece que se trata por la gente nea de revertir, á favor de las comunidades religiosas, y como carga de justicia, todo el capital desamortizado por el gobierno de Mendizábal.

Y se devolverán los bienes de este modo:

1.º Todos los terrenos, fincas, predios, etcétera, que estuviesen en poder de ayuntamientos, de diputaciones ó del Estado, y los que aún no hubieran sido vendidos, se adjudicarán á los monacales.

2.º Se formará anualmente un nuevo presupuesto del clero regular por vía de indemnización repartible equitativamente, según las disposiciones que seas del caso, lo mismo que las fincas arriba dichas.

3.º En todos los abintestatos en que figuren bienes nacionales volverán éstos á ser propiedad de sus antiguos poseedores monásticos.»

Yo creo que esto no será verdad.

Pero... si lo fuera, me alegraría.

Porque todo el capital desamortizado está en manos de los clericales, de ellos mismos, y sería de ver esos lobos despojándose los unos á los otros?

Las fincas desamortizadas, por lo menos en Sevilla, todas están en poder de los clericales....

¡Qué gusto verlos despojados de sus rapiñas!

Dice *El Porvenir* de hoy:

«El Alcalde ha rogado encarecidamente á los concejales que no falten el día de la Purísima Concepción á la fiesta religiosa de la Catedral, á la que asistirá el Ayuntamiento en corporación bajo mazas.

Se dice que el Alcalde dará después de la ceremonia religiosa un banquete á los concejales que lo acompañen.»

Es la única manera de que algunos vayan acompañando á su señoría.

Al olor del banquete.

¿A qué extremos ha llegado la representación municipal de la ciudad Mariana, que, para que sus representantes acudan, hay que enseñarles, ó prometerles, chuletas empanadas!

Dice el periódico del señor Arzobispo de Sevilla:

«Hay en Sevilla tres ó cuatro ancianos que, habiendo cumplido los cien años, cuando pase el mes actual habrán conocido tres siglos, el XVIII, el XIX y XX.

Alguno de los referidos ancianitos están desamparados y, con el peso de sus años y de los artefactos de componer sillas, recorre aún trabajosamente nuestras calles y plazas, expuestos sus demacrados miembros á las inclemencias del agua y del frío, á fin de ganar un pedazo de pan con que alimentarse.

¿No le parece á nuestras autoridades una hermosa fiesta fin de siglo hacer algo por los que lo vieron nacer y lo ven morir, por los veteranos de la vida que han luchado cien años con la existencia, y que, encanecidos los cabellos, y decrepitos, trémulos y encorvados los cuerpos, continúan luchando al borde de la tumba?

¿No les parece justo y santo endulzar de algún modo el corto número de días que en el libro de la vida les queda?

Muy poco costaría alegrar el ocaso de sus gastadas existencias; quizás mucho menos que cualquier concierto ó luminaria.»

Y diga usted, amigo:

¿Porqué le propone usted esa buena acción á las autoridades, y no se la propone á su patrono el señor Arzobispo?

¿Cree usted más meritorio que el señor Arzobispo esté recogiendo dinero para mandarlo á Italia en forma de cáliz de oro, que atender, por sí mismo y con la ayuda de las personas caritativas y religiosas, á socorrer esos ancianos de que habla?...

Esa acción que el colega propone—con muy buen sentido por supuesto—si que sería una acción digna para que los católicos la hicieran, sin ayuda de nadie.

Propóngaselo usted á su patrono el Arzobispo.

Verá cómo... se quedan los pobrecitos ancianos lo mismo que están.

¡Eso ancianos no pueden traer el capelo! ¡El capelo, Dios mío, el capelo!

CARRASQUILLA.

“Entre Naranjos”

(De la novela que, con dicho título, acaba de poner á la venta el distinguido escritor D. Vicente Blasco Ibañez.)

«Una noche, á fines de Abril, Rafael se detuvo en la puerta de su cuarto con el mismo temor que si fuese á entrar en un horno. Estremecía al pensar en la noche que le esperaba. La ciudad entera parecía desfallecer en aquel ambiente cargado de perfumes. Era un latigazo de la Primavera, acelerando con su excitación la vida, dando mayor potencia á los sentidos.

No soplaban ni la más leve brisa; los huertos impregnaban con su olorosa respiración la atmósfera encalmada; dilatábanse los pulmones como si no encontrasen aire, queriendo aspirar de un golpe todo el espacio.

Un estremecimiento voluptuoso agitaba la ciudad, adormecida bajo la luz de la luna.

Rafael, sin darse cuenta de lo que hacía, bajó á la calle, y poco después se vió en el puente, donde algunos noctámbulos, con el sombrero en la mano, respiraban con avidez, contemplando el haz de reflejos sueltos, como fragmentos de espejo, que la luna proyectaba sobre las aguas del río.

Siguió adelante Rafael por las calles del arrabal, solitarias, silenciosas, resonantes bajo sus pasos, con una hilera de casas blancas y brillantes bajo la luna, y la otra sumida en la sombra. Se sentía atraído por el misterioso silencio del campo.

Su madre dormía descuidada; él estaba libre hasta el amanecer y seguía adelante, como atraído por aquellos caminos, serpenteantes entre los huertos, donde tantas veces había soñado y esperado.

Para Rafael no era una novedad el espectáculo. Todos los años presenciaba la germinación primaveral de aquella tierra, cubriéndose de flores, impregnando el espacio de perfume, y sin embargo, aquella noche, al ver sobre los campos el inmenso manto de nieve del azahar blanqueando á la luz de la luna, sintióse dominado por una dulce emoción.

Los naranjos, cubiertos desde el tronco á la cima de blancas florecillas con la nitidez del marfil, parecían árboles de cristal hilado; recordaban á Rafael esos fantásticos paisajes nevados que tiemblan en la esfera de los pisapapeles. Las ondas de perfume, sin cesar renovadas, extendíanse por el infinito con misterioso estremecimiento, transfigurando el paisaje, dándole una atmósfera sobrenatural, evocando la imagen de un mundo mejor, de un astro lejano donde los hombres se alimentasen con perfumes y vivieran en eterna poesía. Todo estaba transfigurado por aquel ambiente de gabinete de amor, iluminado por un inmenso fanal de nácar. Los crugidos secos de las ramas sonaban en el profundo silencio como besos; el murmullo del río le parecía á Rafael el eco lejano de una de esas conversaciones con voz desfallecida, susurrando junto al oído palabras temblorosas de pasión. En los cañaverales cantaba un ruiseñor débilmente como anonadado por la belleza de la noche.

Se deseaba vivir más que nunca; la sangre parecía correr por el cuerpo más aprisa; los sentidos se afinaban, y el paisaje imponía silencio con su belleza pálida, como esas intensas voluptuosidades que se paladean con un recogimiento místico.

Rafael seguía el camino de siempre, iba hacia la casa azul.

Aún duraba en él la vergüenza de su torpeza; si hubiera visto á Leonora en medio del camino, habría retrocedido con infantil terror; pero la seguridad de que á aquella hora no podría encontrarla, le daba fuerza para seguir adelante. A sus espaldas, sobre los tejados de la ciudad, habían sonado las doce. Llegaría hasta las tapias de su huerto, entraría en él si le era posible, y permanecería algunos minutos recogido y silencioso al pie de la casa, adorando las ventanas tras las cuales dormía la artista.

Era su despedida. Un capricho de romántico sentimentalismo que se le había ocurrido al salir de la ciudad y ver los primeros naranjos cubiertos de aquella flor cuyo perfume había retenido en paciente espera á la artista durante muchos meses. Leonora no sabría que había estado cerca de ella, en el huerto silencioso inundado de luna, adorándola por última vez, despidiéndose con el dolor mudo con que se dice adiós á la ilusión que se pierde en el horizonte.

Vió ante él la verja de verdes barrotes, aquella que se había cerrado á sus espaldas con el estrépito de una injuriosa despedida. Buscó en la cerca de espino una brecha que conocía de la época en que rondaba la casa. La pasó, y sus pies se hundieron en la tierra fina y arenisca de las calles de naranjos. Sobre las copas de éstos aparecía la casa blanquecina bajo la luna, brillando como plata las canales del tejado y los antepechos de las ventanas. Todas estaban cerradas; la casa dormía.

